

C. L. TAYLOR

LOS CONFINES
DEL
SILENCIO



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2015

Título original: *The Accident*

© 2014 por C.L. Taylor

© de esta edición, 2015 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DL B 8065-2015

ISBN: 978-84-16261-38-3

CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

David Pablo Blasco

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Chris Hall

Capítulo 1

22 de abril de 2012

Coma. Hay algo inocuo en esta palabra, casi tranquilizador por el hecho de evocar la imagen de un sueño sin sueños. Sólo que no me da la impresión de que Charlotte esté durmiendo. No hay ningún peso suave en sus párpados cerrados. No veo su mano cerrada contra su sien. De sus labios levemente entreabiertos no sale ningún aliento cálido. No hay nada apacible en la inmovilidad de su cuerpo postrado en la cama sin edredón; de su garganta brota un tubo transparente de traqueotomía y tiene el pecho tachonado de electrodos multicolores.

El electrocardiógrafo del rincón emite pitidos rítmicos, señalando el paso del tiempo como un metrónomo médico. Cierro los ojos. Si me concentro con fuerza suficiente puedo transformar estas palpitaciones antinaturales en el tictac tranquilizador del reloj de péndulo que tenemos en la sala de estar. En un instante desaparecen quince años y vuelvo a tener veintiocho, acuno a Charlotte sobre mi hombro, su cara soñolienta hundida en el hueco de mi cuello, su diminuto corazón latiendo más aprisa que el mío, incluso cuando duerme. Entonces era mucho más fácil cuidarla.

—¿Sue? —Siento una fuerte mano en el hombro que me devuelve a la desnuda habitación del hospital. Entre mis brazos

ya no hay nada, solamente el bolso de mano que aprieto contra el pecho—. ¿Te apetece un té?

Niego con la cabeza pero cambio de idea inmediatamente.

—En realidad sí. —Abro los ojos—. ¿Sabes qué me sentaría bien? —Brian dice que no con la cabeza—. Uno de esos panecillos de frutos secos que venden en Marks & Spencer.

Mi marido parece confuso.

—No creo que tengan en la cafetería.

—Ah. —Desvió la mirada, finjo estar desilusionada y me lo reprocho al instante. No es propio de mí manipular a los demás. Eso creo, por lo menos. Hay muchas cosas que ya no sé.

—No te preocupes. —Vuelvo a sentir su mano. Esta vez hay además un apretón de seguridad—. Puedo acercarme a la ciudad. —Sonríe mirando a Charlotte—. ¿No te enfadarás si te dejo un rato sola con tu mamá?

Si nuestra hija hubiera oído la pregunta no habría dicho lo que sentía. Me esfuerzo por sonreír y respondo por ella.

—Estará perfectamente —digo.

Brian vuelve a mirar a Charlotte y luego otra vez a mí. La expresión de su cara es inequívoca: es la misma expresión de desdicha que puede verse en la mía desde hace seis semanas cada vez que me aparto de Charlotte: es terror a que muera en el instante mismo en que salimos de la habitación.

—Estará perfectamente —repito, esta vez con más suavidad—. Yo estoy aquí.

Brian relaja un poco la tensión de los músculos y asiente con la cabeza.

—No tardaré.

Lo miro mientras cruza la habitación y cuando se va cierra la puerta despacio, produciendo un leve clic. Dejo de abrazar el bolso y me lo apoyo en el regazo. Sigo mirando la puerta durante lo que me parece una eternidad. Brian nunca ha sido

capaz de salir sin volver corriendo para recoger las llaves, el teléfono o las gafas de sol, o para hacer una «pregunta rápida». Cuando me convengo de que se ha ido, vuelvo a mirar a Charlotte. Espero a medias ver un temblor en sus párpados, un movimiento en sus dedos, un indicio cualquiera de que se da cuenta de lo que voy a decir; pero no ha cambiado nada. Aún sigue «dormida». Los médicos no saben cuándo despertará, ni siquiera si despertará. La han sometido a multitud de pruebas –tomografías, resonancias magnéticas, toda la pesca– y aún habrá más, y parece que su cerebro funciona normalmente. No hay ninguna razón clínica para que no despierte.

–Cariño. –Saco del bolso el diario de Charlotte, lo abro y vuelvo a la página que ya me sé de memoria–. Por favor, no te enfades conmigo, pero... –Miro a mi hija para escrutar su expresión–... encontré tu diario mientras ordenaba tu habitación ayer.

Nada. Ni un sonido, ni un parpadeo, ni un tic, ni la menor contracción. Y el electrocardiógrafo sigue emitiendo pitidos, bip, bip, bip. Naturalmente, es mentira lo de haber encontrado su diario estos días. Lo encontré hace años, mientras le cambiaba las sábanas. Lo había escondido debajo del colchón, exactamente donde guardé mi diario de adolescente, hace muchísimos años. No lo había leído entonces, no tenía ningún motivo para ello. Pero ayer sí.

–En la última anotación –digo, deteniéndome para humedecerme los labios, ya que la boca se me ha quedado repentinamente seca– hablas de un secreto.

Charlotte no dice nada.

–Decías que esconderlo te estaba matando.

Bip, bip, bip.

–¿Por eso...

Bip, bip, bip.

–... te pusiste delante del autobús?

Nada todavía.

Brian llama accidente a lo sucedido y ha inventado varias teorías para apoyar esta convicción; Charlotte vio a una amiga al otro lado de la calle y la cruzó corriendo, sin mirar; quiso ayudar a un animal herido; tropezó y cayó cuando enviaba un mensaje por el móvil o quizá estaba en su propio mundo y no se dio cuenta de adónde iba.

Todo muy verosímil. Pero el conductor del autobús había contado a la policía que Charlotte lo había mirado a los ojos y entonces había echado a andar para ponerse en el camino del vehículo, deliberadamente. Brian cree que miente, que se cubre las espaldas porque perderá el empleo si lo culpan de imprudencia temeraria. Yo no.

Ayer, mientras Brian estaba en el trabajo y yo vigilando junto a la cama de Charlotte, pregunté a la médico si le habían hecho una prueba de embarazo. Me miró con suspicacia y me preguntó por qué: ¿tenía algún motivo para creer que lo estaba? Respondí que no lo sabía, pero pensaba que aquello podía explicar un par de cosas. Esperé mientras consultaba sus notas. No, dijo, no estaba embarazada.

–Charlotte. –Acerco la silla para pegarla a la cama y enlazar los dedos con los de mi hija–. Nada de cuanto digas o hagas impedirá que siga queriéndote. Puedes decírmelo todo. Absolutamente todo.

Charlotte no dice nada.

–No me importa si se trata de ti, de alguna amiga tuya, de mí o de tu padre. –Hice una pausa–. ¿Tiene que ver con tu padre ese secreto? Apriétame los dedos si es así.

Contengo la respiración, rezando para que no los apriete.

Viernes, 31 de agosto de 1990

Son las seis menos veinte de la mañana, estoy sentada en la sala de estar con un vaso de tinto en una mano y un cigarrillo en la otra, preguntándome si es verdad todo lo que me ha ocurrido en las últimas ocho horas.

Finalmente llamé a James el miércoles por la noche, después de pasar una hora intentándolo en vano y bebiendo varios vasos de vino. El teléfono sonaba sin parar y pensaba ya que a lo mejor estaba fuera cuando respondieron.

—¿Sí?

Estaba tan nerviosa que apenas pude decir nada, pero entonces:

—Susan, ¿eres tú? Jolín. Menos mal que has llamado.

Su voz parecía distinta, más débil, entrecortada, como si también él estuviera nervioso y bromeé diciendo que parecía aliviado por tener noticias mías.

—Pues claro que sí —dijo—. Pensé que no ibas a llamarme después de lo que hice. Perdona, normalmente no soy tan gilipollas, pero es que me alegró tanto verte sola entre bastidores que yo... De todos modos, perdona. Fue una estupidez. Y debería haberme limitado a pedirte que salieras conmigo, como hacen las personas normales...

Lleno de confusión, dejé la frase sin terminar.

—La verdad —dije, sintiendo un súbito brote de afecto por él— es que me pareció divertido. Nadie hasta ahora me había arrojado

una tarjeta comercial y gritado: «Llámame». Casi me sentí halagada.

–¿Halagada? Yo debería sentirme halagado. ¡Me has llamado! Es increíble. –Hizo una pausa–. Me llamas para quedar y tomar una copa, ¿no? ¿No me llamas para decirme que soy un cretino total?

–Consideraré esa posibilidad –dije riendo–, pero no, da la casualidad de que hoy tengo más sed de lo habitual y quería saber si me llevarías a cualquier parte a tomar una copa.

–Naturalmente que sí. Cuando quieras y a donde quieras. Y yo pago todas las consumiciones, incluso las caras. –También él se echó a reír–. Quiero demostrarte que no soy..., bueno, dejaré que lo averigües tú misma. ¿Cuándo estás libre?

Sentí la tentación de decirle AHORA, pero me hice la indiferente, como me había ordenado Hels, y le sugerí el viernes por la noche (esta noche). James accedió inmediatamente y quedamos en encontrarnos en el Dublin Castle.

Antes de salir me probé docenas de vestidos y descarté inmediatamente cualquier cosa que me hiciera parecer o sentir gorda y sosa, pero no tuve necesidad de preocuparme. En cuanto estuve a su alcance, James tiró de mí y me susurró al oído: «Estás preciosa». Iba a responderle cuando me soltó, me cogió la mano y dijo: «Hay algo sorprendente que quiero enseñarte», y me condujo fuera del pub, entre la multitud de juerguistas de Camden, luego por una travesía y finalmente al interior de un establecimiento donde vendían kebab. Lo miré con ojos interrogadores, pero murmuró «confía en mí», cruzamos una puerta y llegamos a la parte trasera del establecimiento. Esperaba ver la cocina o los lavabos. Por el contrario, estábamos en una sala oscura, llena de humo y con un ruido ensordecedor. James me señaló la banda de jazz de cuatro músicos que tocaba en el rincón de la sala y gritó: «Son los Grey Notes, el secreto mejor guardado de Londres». Me llevó a una mesa del rincón y me invitó a sentarme en una desvencijada silla de madera.

–Whisky –añadió–. No puedo escuchar jazz sin él. ¿Quieres otro?

Asentí con la cabeza, aunque no soy ninguna entusiasta, y encendí un cigarrillo mientras James se acercaba a la barra. Había tanta seguridad en su forma de moverse que resultaba casi hipnótica. Me había fijado en eso la primera vez que lo había visto en el escenario.

James no podía ser más diferente de Nathan, mi ex novio. Mientras Nathan era delgado, con cara infantil y apenas unos dedos más alto que yo, James medía uno noventa y tenía una solidez que hacía que me sintiera pequeña y delicada a su lado. Tenía la barbilla hendida como Kirk Douglas, pero su nariz es demasiado grande para ser un guapo tradicional; el pelo, de un rubio apagado, le caía continuamente sobre los ojos, en los que había algo inconstante, algo que me recordaba a Ralph Fiennes; en cierto momento eran fríos y distantes y antes de que te dieras cuenta sonreían y bailaban de excitación, formando arrugas en los rabillos.

En cuanto James volvió de la barra supe que pasaba algo. No dijo nada, pero cuando puso los vasos de whisky en la mesa, sus ojos corrieron al cigarrillo que tenía yo en la mano y lo comprendí al instante.

–Tú no fumas.

Negó con la cabeza.

–Mi padre murió de cáncer de pulmón.

Trató de excusarse, de decirme que si yo fumaba o no fumaba no era asunto suyo, pero el frunce de su frente desapareció en cuanto apagué el cigarrillo y la atmósfera se distendió en el acto. La banda tocaba tan fuerte que nos costaba oírnos por encima de los chillidos de la trompeta y de las improvisaciones del cantante. James acercó su silla a la mía para poder hablarnos con susurros al oído. Cada vez que se inclinaba hacia mí, su pierna se pegaba a la mía y sentía su aliento en mi oído y en mi cuello. Fue una tortura sentir su cuerpo contra el mío, oler su punzante loción para

después del afeitado y no tocarlo. Cuando ya creía que no iba a soportarlo ni un segundo más, puso la mano encima de la mía.

–Vamos a otra parte. Conozco el lugar más mágico de todos.

Antes de que tuviera tiempo de decirle «de acuerdo», saltó de su asiento y se dirigió a la barra. Un instante después volvía con una botella de champaña en una mano y dos copas y un paño en la otra. Arqueé una ceja, pero se echó a reír.

–Ya lo verás –dijo.

Anduvimos una eternidad, esquivando a las muchedumbres de Camden, hasta que pasamos por delante de Chalk Farm. Yo no hacía más que preguntar adónde íbamos, pero James, que caminaba a mi lado, se limitaba a reír por toda respuesta. Finalmente dejamos de andar en la entrada de un parque y me puso una mano en el hombro. Pensé que iba a besarme. Pero me dijo que cerrase los ojos porque quería darme una sorpresa.

No estaba segura de qué podía ser tan asombroso en un parque a oscuras a las tantas de la madrugada, pero en cualquier caso cerré los ojos. Entonces sentí que algo pesado y lanudo me caía sobre los hombros y me sentí envuelta por algo cálido y de olor picante. James se había dado cuenta de que tiritaba y me había puesto su abrigo. Dejé que me condujera por la entrada y por la cuesta de la loma. Era un poco aterrador confiar en una persona a la que apenas conocía, pero también resultaba estimulante y extrañamente sensual. Cuando por fin nos detuvimos, me dijo que me estuviera quieta y esperase. Un par de segundos después me ayudó a sentarme en el suelo y sentí bajo los dedos la suavidad de una gastada manta de algodón.

–¿Preparada? –Noté que se movía y se agachaba detrás de mí. Sus dedos me tocaron la cara y me acariciaron ligeramente los pómulos cuando adelantó las manos para taparme los ojos. Sentí un cosquilleo por la columna y me estremecí, a pesar del abrigo.

–Preparada –dije.

James apartó las manos y abrió los ojos.

–¿Verdad que es hermoso?

Fue inevitable decir que sí con la cabeza. En la base de la loma, el parque era un damero de cuadrados negros de hierba sin luz y charcos de luz verde-amarilla proyectada por las farolas. Era como un mosaico mágico de luces y sombras. La ciudad se extendía al otro lado del parque, ventanas parpadeantes y edificios chispeantes. El cielo era de un azul oscurísimo, moteado por nubes de un naranja apagado. Era el paisaje más sobrecogedor que había visto en mi vida.

–Tu reacción cuando has abierto los ojos... –James me miraba fijamente–. Nunca he visto nada tan hermoso.

–¡Basta ya! –Quise reírme, pero me atraganté.

–Parecías muy joven, Suzy, como bajo los efectos de un encantamiento, como una niña en Navidad. –Cabeceó–. ¿Cómo es que una mujer como tú sigue soltera? ¿Cómo es posible?

Abrí la boca para responder, pero aún no había terminado.

–Eres la mujer más asombrosa que he conocido. –Me cogió la mano–. Eres divertida, amable, inteligente y hermosa. ¿Qué haces aquí conmigo?

Quise gastarle una broma, preguntarle si estaba demasiado borracho para recordar que había sido él quien me había llevado cuesta arriba, pero fui incapaz de decirle nada en ese sentido.

–Estoy aquí porque he querido estar –dije–. Y no querría estar en otra parte.

La cara de James se iluminó como si acabara de hacerle el cumplido más maravilloso del mundo y me encerró las mejillas entre sus manos. Me miró durante una eternidad y entonces me besó.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos, tendidos en una manta, en la cima de Primrose Hill, abrazados como pulpos y con las manos en todas partes, atenazando, tirando, apretando. No nos desnudamos ni practicamos ningún acto sexual, pero fue el mo-

C.L. Taylor

mento más erótico de mi vida. No podía estar separada de James y en cuanto se apartaba un segundo lo estrechaba contra mí otra vez.

Empezó a hacer más frío y sugerí marcharnos del parque e irnos a su casa.

James negó con la cabeza.

–Buscaremos un taxi y tú te irás a la tuya.

–Pero...

Me abrochó el abrigo que aún llevaba sobre los hombros.

–Ya habrá tiempo para eso, Suzy. Mucho tiempo.

Capítulo 2

Espero hasta que Brian se va a trabajar y entonces me pongo a revolver sus cosas. Hace frío en el cuarto ropero, voy descalza y siento el contacto de las baldosas en los pies, los grandes ventanales están empañados, pero no me detengo a coger unos calcetines del radiador que hay en el vestíbulo. Lejos de ello, meto las manos en los bolsillos de la chaqueta favorita de Brian. El perchero se balancea violentamente conforme paso de un bolsillo a otro, sacando el contenido y arrojándolo al suelo, ávida de encontrar pruebas.

Termino con la chaqueta y acabo de hundir las dos manos en los bolsillos de una sudadera de chándal cuando oigo un *crash* en la cocina.

Me quedo petrificada.

Tengo la mente en blanco, apagada, como si hubieran accionado un conmutador en mi cerebro, y estoy tan tiesa como el palo del perchero que hay a mi lado, respirando superficialmente, escuchando, esperando. Sé que debería moverme. Debería sacar las manos de la prenda de Brian. Debería dar un puntapié al contenido de la chaqueta para esconder la prueba de que soy una esposa desconfiada, pero no me atrevo.

El corazón me late con tanta fuerza que el ruido parece llenar la habitación y en un instante me siento catapultada a

veinte años antes. Tengo veintitrés, vivo en North London y estoy encogida en el armario; en la mano izquierda tengo una mochila llena de ropa y en la derecha un juego de llaves que he cogido de la chaqueta de otra persona. Si no respiro no me oír. Si no respiro no sabrá que estoy a punto de...

—¿Brian? —La impresión de haber repetido una situación pasada desaparece cuando oigo un leve arañazo—. Brian, ¿eres tú?

Arrugo la frente y me esfuerzo por distinguir algo más que el rítmico pum–pum–pum de mi corazón, pero la casa ha vuelto a quedar sumida en el silencio.

—¿Brian?

Resucito como si me hubieran accionado otra vez el conmutador del cerebro y saco las manos de la sudadera del chándal.

La alfombra del pasillo está cálida y mullida bajo mis pies cuando avanzo lentamente hacia la cocina, deteniéndome a escuchar cada dos segundos. Percibo olor a lejía y entonces me doy cuenta de que tengo una mano en la boca y de que mis dedos huelen aún al desinfectante que he utilizado antes, al fregar el cuarto de baño. Vuelvo a detenerme y procuro normalizar la respiración. Trago aire a bocanadas pequeñas, breves y bruscas, como si fuera presa de un ataque de pánico, pero ya no tengo miedo de que mi marido haya vuelto para recoger una cartera olvidada o una llave que no encuentra. Lo que temo es...

—¡Milly!

Casi pierdo el equilibrio cuando una gigantesca golden retriever llega corriendo por el pasillo y se lanza sobre mí, poniéndome las zarpas delanteras en el pecho y lamiéndome la barbilla con la lengua mojada. Normalmente la castigo por dar estos saltos, pero me sentí tan aliviada al verla que la abracé y le froté la cabeza grande y suave. Como sus lengüetazos de alegría no cesan, la dejo en el suelo.

—¿Cómo te has escapado, niña mala?

Milly me «sonríe» y de su lengua gotean hilos de baba. Tengo una idea más o menos clara de cómo ha conseguido escaparse.

En efecto, cuando llego a la cocina, con la perra siguiéndome en silencio, veo abierta la puerta del porche.

–Deberías haberte quedado en la cama hasta que mami fuera a buscarte –digo, señalando el montón de mantas sobre las que duerme por la noche. *Milly* aguza las orejas al oír la palabra «cama» y deja caer la cola entre las patas–. ¿Dejó abierto el tonto de papi cuando se fue a trabajar?

Nunca había imaginado que sería de las mujeres que hablan a sus mascotas diciendo «mami» y «papi» para referirse a sí mismas y a sus maridos, pero *Milly* forma parte de nuestra familia, tanto como Charlotte. Es la hermana que no hemos podido darle a nuestra hija.

Dejo a *Milly* en el porche con el corazón dolorido cuando veo que me mira con actitud suplicante con sus ojos grandes y castaños. Son las ocho. Deberíamos estar paseando por el parque de la parte trasera de la casa, pero necesito proseguir lo que he empezado. Necesito volver al cuarto ropero.

Los objetos que contenían los bolsillos de Brian están donde los he dejado, esparcidos alrededor del perchero. Me arrodillo, deseando haberme llevado un cojín de la sala de estar cuando las rodillas se me quejan, y me pongo a inspeccionar los despojos. Hay un pañuelo de hilo, blanco, con un golfista bordado en una punta, sin usar, doblado limpiamente en cuatro (un regalo navideño de uno de los chicos), tres pañuelos de papel, usados, un cordel, de los que Brian utiliza para atar las tomateras de su huerto, un recibo del supermercado local por 40 libras de gasolina, una pastilla de menta envuelta en pelusa, calderilla y una entrada de cine arrugada. Mi corazón se acelera cuando la toco, pero se tranquiliza cuando leo el

título de la película y la fecha. Es de una comedia que fuimos a ver juntos. No me gustó nada, la encontré grosera, vulgar y llena de payasadas, pero Brian rio a mandíbula batiente.

Y eso es todo. Nada extraño. Nada fuera de lo normal. Nada acusador.

Solamente... cosas de Brian.

Arrastro los enseres con el canto de la mano para formar un montón, los recojo y los distribuyo cuidadosamente entre los bolsillos, cuidando de que cada objeto vuelva a su lugar de procedencia. Brian no es quisquilloso; no recordará, ni le importará, en qué bolsillo tenía el cambio ni en cuál la entrada de cine, pero no quiero correr riesgos.

Puede que no haya pruebas de ninguna clase.

Charlotte no me apretó la mano cuando le pregunté si su secreto tenía que ver con su padre. Ni siquiera contrajo un músculo. No sé en qué estaba yo pensando al suponer que me respondería, o, para el caso, al hacerle la pregunta. En realidad sí. Me dejaba guiar por una corazonada; una corazonada que me murmuraba que mi marido había vuelto a engañarme.

Hace seis años Brian cometió una equivocación; una equivocación que casi dio al traste no solamente con nuestro matrimonio, sino también con su trabajo; tuvo una aventura con una meritoria del Parlamento de veintitrés años. Me puse furiosísima, grité y chillé. Pasé dos noches en casa de mi amiga Jane. Habría debido quedarme más tiempo, pero no quería que Charlotte sufriera. Aunque tardé mucho, al final perdoné a Brian. ¿Por qué? Porque la aventura se produjo casualmente poco después de uno de mis «episodios», porque mi familia es para mí más importante que nada en el mundo y porque Brian tendrá muchos defectos, pero en el fondo es un buen hombre.

En el fondo «Un buen hombre»... se diría que es un motivo muy cursi para perdonar la infidelidad de un cónyuge, ¿ver-

dad? Puede que sí. Pero es infinitamente preferible que vivir con un mal hombre, y cuando Brian y yo nos conocimos, yo lo sabía todo sobre eso.

Fue en el verano de 1993 y los dos vivíamos en Atenas. Yo daba clases de inglés y él era un empresario viudo en busca de un buen negocio. La primera vez que me saludó, en una cochambrosa taberna a orillas del río Cefiso, no le hice caso. La segunda vez me cambié de asiento. La tercera vez se negó a que yo siguiera haciendo como que él no existía. Me pagó una bebida y me la sirvió con una nota que decía: «Un británico saluda a una británica», y se fue del bar sin mirar atrás. No tuve más remedio que sonreír. Después de aquello siguió insistiendo civilizadamente, un «hola» aquí, un «¿qué está usted leyendo?» allí, y poco a poco nos hicimos amigos. Tardé mucho en bajar las defensas, pero al final, casi un año después de conocernos, me permití enamorarme.

Era una noche cálida y perfumada y paseábamos junto al río, observando cómo las luces de la ciudad temblaban y parpadeaban en el agua. Brian empezó a hablarme de Tessa, su difunta esposa, y lo devastador que había sido para él que ella perdiera la batalla contra el cáncer. Me contó la conmoción que había sufrido –la enfermedad había avanzado muy aprisa–; luego la furia que había experimentado. Había esperado a que su hijo se instalara en casa de su abuela; ese día había destrozado su coche con una pala de críquet, para desahogar la cólera que sentía. Tenía los ojos llenos de lágrimas al decirme cuán desesperadamente había echado de menos a su hijo Oliver (lo había dejado con sus abuelos en el Reino Unido para poder cumplir él un contrato en Grecia), pero no hizo el menor movimiento para secárselas. Le toqué la cara, la recorrí con los dedos, le limpié las lágrimas y le cogí la mano. No se la solté durante tres horas.

Abro la puerta del estudio de Brian y me acerco a su mesa, sintiendo inmediatamente que he ido demasiado lejos en mi intrusión. Lavo la ropa de mi marido, la plancho, le compro algunas prendas, pero su estudio representa su trabajo, una parte de su mundo que mantiene al margen de la vida familiar. Brian es parlamentario. Decirlo en voz alta me enorgullece, pero no siempre ha sido así. Hace diecisiete años me sentí desconcertada cuando fue a manifestarse contra la «escoria conservadora», las «divisiones de clase» y una «Seguridad Social deficiente», pero Brian no era de los que se contentaban con quejarse desde la barrera. Cuando volvimos de Grecia, todavía radiantes de felicidad por la improvisada boda que habíamos celebrado descalzos en una playa de Rodas, estaba decidido. Nos instalamos en Brighton y se dedicó a algo distinto —estaba convencido de que reciclar tenía futuro—, y entonces, cuando la empresa ya estaba en marcha y rendía beneficios, se presentó a las elecciones al Parlamento. Sabía menos economía que un estudiante de bachillerato, pero estaba seguro de ganar. Y ganó.

Nunca he dejado de creer en él, todavía creo en muchos aspectos, pero ya no me impresiona. Quiero a Brian, pero sé demasiado bien hasta qué punto se ha vuelto inútil e inseguro por culpa de la ocupación que ha elegido. Las personas se vuelven muy sensibles a la adulación cuando se tienen cuarenta y tantos años, cien kilos de peso y poco pelo, y en particular cuando la persona que adula es joven, ambiciosa y está a su servicio. Brian ha cambiado desde el accidente de Charlotte. Los dos hemos cambiado, pero de diferente manera. En vez de unirnos, el estado de nuestra hija nos ha separado y la distancia no hace más que crecer. Si Brian tiene otra aventura, no volveré a perdonarlo.

Doy otro paso hacia la mesa de mi marido y mis dedos recorren el limpio marco de plata de una fotografía en blanco y

negro. Estamos con Charlotte en una playa de Mallorca; nos la hicimos el primer día de vacaciones. Aún llevábamos puesta la ropa de viaje, las perneras del pantalón subidas para chapotear en el agua. Yo me protejo del sol con una mano en la frente y con la otra cojo la manita de mi hija. Charlotte tiene la cabeza vuelta para mirarme, la barbilla levantada, los ojos muy abiertos. La foto debe de tener por lo menos diez años, pero aún siento una cálida llamarada de amor cuando miro la expresión de su cara. Es de felicidad pura y sin adulterar.

Oigo crujir una tabla del suelo del pasillo, aparto los dedos de la foto y suspiro. ¿Desde cuándo soy tan neurótica que me paralizan de miedo los crujidos y gruñidos de una casa de doscientos años de antigüedad?

Vuelvo a quedarme mirando la mesa. Es de pesada caoba, con tres cajones a la izquierda, tres a la derecha y uno más largo en el centro. Cojo el tirador del cajón central y lo abro despacio. Cruje otra tabla, pero esta vez no hago caso, aunque ha sonado más cerca que el anterior. En el cajón hay algo, algo escrito a mano, una postal, una carta quizá, y alargo la mano para cogerla, procurando no mover los montones de clips y gomas elásticas que hay a cada lado...

—¿Sue? —dice una voz masculina a mis espaldas—. ¿Qué haces?